

ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ
Obispo de Sigüenza – Guadalajara

En una Iglesia Sinodal

CARTA PASTORAL

Septiembre 2023

CONTENIDO

Introducción

1.- Recordamos el pasado y proyectamos el futuro

- a) De dónde venimos
- b) Testimonios del camino recorrido
- c) Encuentro de jóvenes en Lisboa
- d) Itinerario de futuro
- e) Celebración de la Asamblea Sinodal

2.- En comunión con la Iglesia universal

- a) Comunión
Algunas propuestas para vivir la comunión
- b) Misión
Algunas propuestas para vivir de la misión
- c) Participación
Algunas propuestas para vivir la participación
- d) La sinodalidad

3.- Aspectos a cuidar en una Iglesia sinodal

- a) La escucha
- b) El diálogo
- c) La amabilidad
- d) El cuidado
- e) La humildad
- f) El discernimiento
- g) Vivencia de la liturgia y Eucaristía
- h) El servicio a los pobres
- i) La propia sinodalidad

Conclusión

INTRODUCCIÓN

En agosto de 2022 publicaba la carta pastoral *Vivamos la sinodalidad*. En ella invitaba a todos los diocesanos a proseguir con ilusión y esperanza los trabajos sinodales mediante la participación activa en las deliberaciones de los grupos sinodales y la oración por los frutos del sínodo diocesano, una vez superados los efectos perniciosos de la pandemia provocada por el covid-19. En dicha carta, proponía también un decálogo sobre el significado del sínodo y de la sinodalidad con la finalidad de clarificar posibles dudas y con el propósito de contemplar las actividades sinodales en el marco de la acción misionera y evangelizadora de nuestra querida diócesis de Sigüenza-Guadalajara.

En esta nueva carta pastoral, además de haceros llegar a todos los diocesanos mi cordial saludo, os invito también a dar incesantes gracias al Padre celestial por el diálogo, la reflexión fraterna y las propuestas realizadas por los miembros de los grupos sinodales hasta el presente. El sacrificio, el esfuerzo y el camino recorrido con los hermanos, durante estos años, son una magnífica enseñanza para la comprensión y vivencia de nuestra vocación y misión evangelizadora en la Iglesia y en el mundo.

Aunque el camino sinodal no debiera terminar nunca pues, como nos dice el papa Francisco, es «el camino que toda la Iglesia debería recorrer en el tercer milenio», sin embargo, nosotros ya vislumbramos el final de los trabajos del sínodo diocesano. Por ello, os animo a vivir estos últimos meses de celebración del mismo con renovada alegría y esperanza, convencidos de que el Espíritu Santo no cesa de actuar en el corazón de cada persona, en la Iglesia y en el mundo.

Para estimularnos en este impulso de la sinodalidad y en la celebración de los últimos trabajos del sínodo diocesano, puede ayudarnos esta reflexión del papa Francisco sobre el Sínodo de los Obispos: «El sínodo que está en camino es (y debe ser) un camino según el Espíritu. No un parlamento para reclamar derechos y necesidades según la agenda del mundo; no una ocasión para andar por donde lleva el viento, sino la oportunidad para ser dóciles al soplo del Espíritu. Porque en el mar de la historia, la Iglesia solo navega con Él, que es, como decía Pablo VI, “el alma de la Iglesia”, el corazón de la sinodalidad, el motor de la evangelización. Sin Él, la Iglesia es inerte, la fe solo es una doctrina, la moral solo un deber, la pastoral solo un trabajo»¹.

¹ FRANCISCO, *Homilía con ocasión de la solemnidad de Pentecostés* (28 de mayo de 2023).

1.- RECORDAMOS EL PASADO Y PROYECTAMOS EL FUTURO

Las personas vivimos el presente, proyectando el futuro con esperanza. Pero, para ello, es muy importante que hagamos memoria agradecida del pasado. Esta contemplación del pasado, que no puede quedarse en la añoranza de una realidad que ya no existe, tiene que ayudarnos a dar gracias a Dios por el testimonio bondadoso de tantos hombres y mujeres que, con sus consejos y estilo de vida, nos han enseñado a crecer como personas y como creyentes. Así mismo, la contemplación de lo sucedido en el pasado nos capacita para no caer en los mismos errores cometidos en otros momentos de la historia.

La pérdida de algunos valores como la verdad, el servicio, la justicia, la solidaridad, que en otros tiempos estaban muy vivos en las relaciones sociales y familiares, nos recuerda que las cosas no se alcanzan de una vez para siempre, sino que han de ser conquistadas cada día con esfuerzo y sacrificio.

Esto mismo nos sucede en los comportamientos religiosos y, más concretamente, en la celebración del sínodo diocesano. El *caminar juntos* con nuestros hermanos es muy evangélico y hemos de poner los medios para conseguirlo con la ayuda del Señor. Pero, no debemos olvidar nunca que la sinodalidad, al igual que la conversión, es un proceso que exige nuestra atención y preocupación diaria hasta que Dios quiera llamarnos a su presencia. Como nos recuerda el Papa: «Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y, sobre todo, con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral»².

a) De dónde venimos

La preocupación por la vivencia de la comunión eclesial, por la transmisión de la fe y por el impulso de la evangelización aparecen con frecuencia en los planes pastorales de nuestra Iglesia diocesana durante las últimas décadas. En el trasfondo de estas orientaciones pastorales, han estado muy presentes las invitaciones de los últimos Papas a emprender una nueva evangelización con *nuevo ardor*, con *nuevos métodos* y con *nuevas expresiones*, al contemplar la indiferencia religiosa, la cerrazón de muchos hermanos a la trascendencia y su incapacidad para confrontarse consigo mismos.

El papa Francisco, al plantear la necesidad de una nueva etapa evangelizadora en la exhortación programática *Evangelii Gaudium*, invitaba a las parroquias, a los movimientos apostólicos, a las pequeñas comunidades cristianas y a otras formas de asociación, así como a las diócesis, a emprender un camino de sincera conversión misionera y a formar verdaderos agentes de evangelización.

En este camino de conversión y renovación de la Iglesia para impulsar la evangelización, el Papa reconoce que se han dado pasos importantes durante los últimos años, pero confiesa también que aún queda mucho camino por recorrer para que las diócesis y parroquias «estén cada día más cerca de la gente, para que sean ámbito de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión»³.

Si nos fijamos, en su intervención el Papa enumera la comunión, la participación y la misión, los mismos términos que aparecen en el lema del sínodo convocado

² EG 33.

³ EG 28.

posteriormente por él sobre la sinodalidad: *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión*. No sabemos si el Santo Padre estaría pensando ya en la convocatoria del sínodo sobre la sinodalidad, cuando escribió la exhortación apostólica, pero sí parece evidente que para la renovación misionera de la parroquia y de la Iglesia diocesana es preciso poner la atención en estos aspectos de la identidad eclesial.

b) Testimonios del camino recorrido

El Papa nos exhorta a los obispos y a los restantes miembros del Pueblo de Dios a dar un nuevo impulso misionero a las diócesis y a entrar en un proceso decidido de «discernimiento, purificación y reforma»⁴. El obispo, en comunión con los sacerdotes, sus colaboradores más inmediatos, debe fomentar esta comunión dinámica, abierta y misionera, alentando la constitución de los instrumentos de comunión propuestos por el Código de Derecho Canónico y otras formas de diálogo pastoral, para escuchar a todos y no solo a quienes le acaricien los oídos, consciente de que «el fin de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos»⁵.

Estas enseñanzas y reflexiones del Santo Padre han estado muy presentes en la convocatoria de nuestro sínodo diocesano. Orar, escucharnos y caminar juntos en la reflexión sobre la realidad social y eclesial a la luz de la Palabra de Dios tienen que ser los medios adecuados para encontrar los nuevos caminos que nos permitan vivir y ofrecer en el futuro la alegría del Evangelio a nuestros hermanos.

En mis visitas a las parroquias, he tenido la dicha de dialogar con algunos miembros de los grupos sinodales para conocer su opinión sobre lo vivido y celebrado hasta el momento. En todos los casos he percibido que la oración, la reflexión y la escucha fraterna sobre los temas propuestos en los distintos cuadernillos de trabajo, a partir de la consulta realizada a todos los diocesanos, está sirviendo para profundizar en la comunión eclesial y para descubrir el verdadero sentido de la sinodalidad.

Además de la alegría del encuentro con los hermanos en la fe, muchos cristianos están experimentando la presencia de Dios en medio del grupo sinodal, valorando la vivencia de la comunión eclesial y constatando que es posible la práctica de la sinodalidad a partir de la escucha y de las aportaciones de los hermanos. Estas reuniones de los grupos sinodales, aun con todos sus fallos, son una ayuda valiosa para descubrir los valores y los distintos carismas suscitados por el Espíritu en cada bautizado y están haciendo posible la escucha fraterna y el diálogo, aprendiendo algo nuevo de los demás. Esto nos enseña que hemos de seguir dando pasos para llegar a ser una Iglesia más sinodal.

La experiencia de las reuniones y celebraciones de los grupos sinodales nos recuerda también que, en la base del proceso sinodal y en el desarrollo de la sinodalidad, ha de estar siempre la aceptación por parte de los miembros de la comunidad cristiana de algo que, al mismo tiempo que es un don y un regalo de Dios, se convierte también en un desafío para todos los bautizados. Este desafío se concreta en la colaboración activa de cada creyente a la edificación de una comunidad de hermanos en Cristo que, mediante la

⁴ EG 30.

⁵ EG 31.

oración y la escucha fraterna, se dejan transformar interiormente por la acción del Espíritu Santo.

El caminar juntos unos con otros es, por tanto, un medio muy importante para expresar la identidad sinodal de la Iglesia y para llegar a ser auténticos amigos y discípulos de Jesucristo, el Maestro, que nos dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Por eso, el camino sinodal, camino de comunión con Cristo y con los hermanos, solo culminará cuando entremos a formar parte de la Jerusalén celestial.

c) Encuentro de jóvenes en Lisboa

La reciente celebración de la Jornada Mundial de la Juventud nos ha dejado a quienes hemos tenido la dicha de participar presencialmente o a través de los medios de comunicación un testimonio de fe en Jesucristo, de esperanza compartida, de profunda alegría y catolicidad. La búsqueda del sentido de la vida, la escucha fraterna, el diálogo con jóvenes de otros países y el camino recorrido por todos para encontrarse con el Señor y con su Madre han sido un espléndido testimonio de sinodalidad para toda la Iglesia.

A pesar del cansancio y de la fatiga como consecuencia de las elevadas temperaturas y de las pocas horas de descanso, todos hemos podido admirar la predisposición de los jóvenes para el silencio y la escucha, para el recogimiento oracional en las celebraciones litúrgicas y para la acogida atenta y meditativa de las intervenciones del Santo Padre en los distintos actos y celebraciones presididos por él.

Entre estos miles de jóvenes estaban más de doscientos de nuestra diócesis. Acompañados por varios sacerdotes y monitores, algunos han experimentado durante la primera semana la acogida y la hospitalidad de los hermanos portugueses. Con ellos han celebrado la fe, han compartido sus viviendas y han recibido el sustento del peregrino. En la segunda semana han participado con los restantes jóvenes de las diócesis de España y del mundo entero en los encuentros y celebraciones organizados con ocasión de la celebración de esta magnífica Jornada, en la que los hermanos de Portugal se han volcado.

En sus discursos y homilias, el Papa, además de agradecer a los jóvenes la acogida, el entusiasmo y la alegría, entre otras cosas les invitó a levantarse, a no permanecer caídos, a buscar la ayuda de los amigos, a caminar en esperanza, mirando nuestras raíces, a ser constructores de paz y a dejarse transformar por el amor de Jesucristo para poder comunicarlo a los demás. «¡No tengan miedo! Son la luz de nuestro tiempo».

Además, el Santo Padre les invitó también a dar gracias a Dios por la vida, por el testimonio creyente de los abuelos y por las personas que les están ayudando a crecer en el seguimiento de Jesucristo. Como gran defensor de la vida y de los derechos humanos, en un momento del encuentro el Papa abrió su corazón dolorido a los jóvenes y les pidió que no dejaran de orar por los pecados de la Iglesia, por el cese de la violencia en los distintos países del mundo y, sobre todo, por la paz en la martirizada Ucrania.

Pensando en la vuelta a la vida ordinaria, después de estos días de encuentro, Francisco les pidió a los jóvenes que no dejaran de escuchar la voz de Dios para mantener viva la esperanza, meditando su Palabra y participando en los sacramentos. El descubrimiento de la voluntad de Dios, mediante la meditación y acogida de su Palabra, así como el camino con los demás hermanos en la fe, serán los medios para no dejarse

arrastrar por los criterios del mundo, para afrontar las ideologías del momento y para entregar sus vidas a los demás, especialmente a los más necesitados, mostrando así el rostro y el corazón de una Iglesia que no tiene puertas, que está abierta a todos los que quieran entrar.

Estas invitaciones del Papa a los jóvenes podemos hacerlas nuestras. Tanto los jóvenes como los adultos necesitamos superar los miedos, vencer el respeto humano, discernir la verdad de la mentira, detectar las ideologías del momento para no dejarnos atrapar por ellas y caminar juntos como hijos de un mismo Padre, afrontando las oscuridades y dificultades del camino, con la profunda convicción de que Dios nos conoce, nos escucha y acompaña en todo momento.

Los jóvenes, con sus comportamientos, nos llaman a despertar y acrecentar la esperanza, porque llevan en su corazón las nuevas tendencias de la humanidad y nos abren al futuro, de modo que no permanezcamos anclados en la nostalgia de estructuras y de costumbres del pasado que ya no son cauces de vida en el mundo actual.

d) Itinerario de futuro

Con el fin de no dejar nada a la improvisación, hace algunas fechas los miembros del Consejo de dirección del Sínodo hemos celebrado una reunión para concretar y planificar las acciones a realizar durante los próximos meses. En esta reunión, después de programar la celebración del encuentro del Pueblo de Dios para el próximo día 30 de septiembre, hemos tomado también la decisión de estudiar, desde el mes de octubre hasta final de año, los temas del último cuadernillo sinodal, que estará centrado en la actividad caritativa de la Iglesia y en su presencia en la vida pública.

Es muy importante que reflexionemos sobre los temas propuestos en este cuadernillo pues, como todos sabemos muy bien, la Iglesia, en el ejercicio de su misión evangelizadora, además de anunciar el Evangelio y celebrar la fe en los sacramentos, tiene la responsabilidad de vivir la caridad, concretando el mandamiento del amor. Si falta el compromiso caritativo y el testimonio creyente de los bautizados en la vida pública y en la convivencia social, será muy difícil que los hombres y mujeres de hoy perciban el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu.

Además, para dar un nuevo impulso a la acción caritativa en la diócesis, es preciso que sigamos animando la acción del voluntariado en todas las comunidades parroquiales, ofreciéndoles la necesaria «formación técnica» y la «formación del corazón», para que vivan el gozo del servicio a los pobres, a los marginados por la sociedad y a cuantos experimentan abandono y soledad. Esto quiere decir que, además de cuidar la formación de cuantos colaboran en la acción caritativa de la Iglesia, hemos de pedir también al «Dueño de la mies» que envíe nuevos misioneros, pues la actividad caritativa no es responsabilidad de unos pocos especialistas, sino compromiso de todos los bautizados.

e) Celebración de la Asamblea sinodal

Concluido el estudio y la reflexión de los temas del último cuadernillo en un clima de oración y escucha fraterna, se enviarán las conclusiones y propuestas a la Secretaría General del Sínodo. A partir de ese momento, dedicaremos el primer trimestre del año

2024 a la corrección de las propuestas y a la celebración de la Asamblea sinodal, que ha de ser el momento culminante del sínodo diocesano.

La apertura de la Asamblea tendrá lugar en la Concatedral de Santa María, con una solemne celebración eucarística, el día 28 de enero. Esta celebración nos recordará que en la Asamblea nos reunimos en nombre de Cristo y, por tanto, es preciso que escuchemos su Palabra y nos escuchemos unos a otros, haciendo un discernimiento a la luz del Espíritu para proclamar lo que hemos escuchado, reconociéndolo como verdadera luz para recorrer el camino de la evangelización en los años venideros. Este planteamiento de la sinodalidad nos permite descubrir que esta no puede ser nunca una simple estrategia para la organización interna de la Iglesia, sino la experiencia espiritual de cada cristiano para encontrar la verdadera unidad entre todos, valorando la diversidad, pues la Iglesia tiene su fundamento en la unión con Dios y en la confesión de la misma fe.

Con este espíritu sinodal, los días 3 y 17 de febrero y 2 y 16 de marzo podremos afrontar los diálogos y las deliberaciones sobre las propuestas sinodales, así como la aprobación de las mismas, mediante votación, en las instalaciones del Colegio diocesano “Cardenal Cisneros”. De acuerdo con las normas del Código de Derecho Canónico y los estatutos de la Asamblea sinodal, a estos encuentros serán invitados, además de un representante de cada grupo sinodal, los miembros del Consejo Episcopal, del Cabildo Catedral, del Consejo Presbiteral, del Consejo de Dirección del Sínodo y del Consejo Pastoral Diocesano, así como los de la Junta de CONFER diocesana.

Así mismo, serán invitados también por el Obispo algunos diocesanos más, para que todas las realidades eclesiales diocesanas se encuentren debidamente representadas en la Asamblea Sinodal. Nadie debe pensar que el sínodo no es para él o para los miembros de su grupo o movimiento apostólico. Todos debemos experimentar el gozo de orar y de hacer nuestras aportaciones para dar un nuevo impulso a la acción evangelizadora de nuestra Iglesia diocesana.

Para elevar la acción de gracias a Dios por el trabajo realizado durante estos años y para promulgar las propuestas sinodales, después de su aprobación por la Asamblea sinodal y por el Obispo diocesano, tendremos la celebración eucarística de clausura en la Catedral de Sigüenza, el día 14 de abril, Dios mediante. Tanto a la celebración inaugural como a esta misa de clausura estáis invitados todos los diocesanos. Los horarios de estas celebraciones se comunicarán oportunamente.

A partir de esta celebración eucarística, comenzará propiamente la aplicación de las propuestas sinodales aprobadas por el Obispo en la actividad pastoral de la Diócesis. Conscientes de que Dios, mediante la acción del Espíritu Santo, siempre nos precede en la vida cristiana y nos acompaña en la misión evangelizadora, las deliberaciones sinodales y las propuestas de la Asamblea Sinodal tienen que ser la respuesta a las mociones del Espíritu, para que se cumpla en todo momento la voluntad de Dios y no la nuestra

2.- EN COMUNIÓN CON LA IGLESIA UNIVERSAL

La convocatoria del Sínodo de los Obispos por parte del Santo Padre, con el lema *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión*, además de recordarnos que estamos en el buen camino, nos ha servido también para descubrir que el camino sinodal recorrido durante estos años por nosotros, con la celebración del sínodo diocesano, responde a las inquietudes y orientaciones del papa Francisco que invita a toda la Iglesia a vivir la misión confiada por el Señor asumiendo la necesidad de caminar juntos.

A partir de nuestra experiencia sinodal, hemos tenido la dicha de participar con las Iglesias de otros países en las fases diocesana y continental del Sínodo de los Obispos, haciendo aportaciones concretas a las consultas que nos hicieron desde la Secretaría General del Sínodo. Estas aportaciones reflejan el grado de implantación de la sinodalidad en los distintos países y las dificultades de algunas Iglesias para poder vivirla debido a la situación de violencia, persecución o marginación que allí viven los cristianos.

Durante el próximo mes de octubre, tendrán lugar en Roma los trabajos de la primera sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Ante la imposibilidad de estudiar a fondo los muchos temas propuestos en la celebración de la etapa diocesana y continental del sínodo, el Santo Padre ya ha convocado la celebración de una segunda fase de la Asamblea para el mes de octubre del 2024.

El objetivo de la primera sesión, como nos dice el *Instrumentum laboris*, propuesto para la reflexión de los participantes en el sínodo, «será delinear los caminos de profundización que se han de llevar a cabo en estilo sinodal, indicando los temas que se han de tratar y los modos de recoger los frutos, para permitir que el discernimiento se complete en la segunda sesión, en octubre de 2024, elaborando las propuestas concretas para crecer como Iglesia sinodal que se presentarán al Santo Padre».⁶

Además de encomendar al Señor el fruto espiritual de esta Asamblea del Sínodo de los Obispos, en el que por primera vez participarán consagrados y cristianos laicos con derecho a voto por especial deseo del Santo Padre, hemos de permanecer muy atentos a las deliberaciones y propuestas del mismo. No olvidemos que los contenidos del lema sinodal han de ser el fundamento para las propuestas y aportaciones de nuestro sínodo. Por eso, os propongo a continuación una breve reflexión sobre las repercusiones espirituales y pastorales de la comunión, de la misión y de la participación para nuestra misión como discípulos misioneros.

a) La comunión

La utilización frecuente de la palabra comunión en el lenguaje ordinario, como puede ocurrir con las palabras amor o solidaridad, puede llevarnos a olvidar su significado original. En otras ocasiones he señalado que la Iglesia no sería creíble ni podría cumplir su misión sin la vivencia de la comunión por parte de sus miembros. Además, sin la vivencia de una «espiritualidad de comunión», que nos permita profundizar en el misterio Trinitario y acoger al hermano como alguien que nos pertenece, los instrumentos de comunión pueden convertirse en máscaras de comunión. Como nos recordaba san Juan

⁶ XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS (*Por una Iglesia Sinodal: comunión, participación, misión*), *Instrumentum laboris para la Primera Sesión (octubre de 2023)*, pág. 25, Roma, 29 de mayo de 2023.

Pablo II: «no nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirán los instrumentos externos de la comunión. Se convertirán en medios sin alma, en máscaras de comunión, más que en sus modos de expresión y de crecimiento»⁷.

¿Cómo deberíamos entender la palabra comunión o desde dónde deberíamos comprenderla? San Juan Pablo II, recogiendo las conclusiones de los estudios teológicos sobre la eclesiología del Concilio Vaticano II, señala que solo es posible entenderla desde la contemplación del amor y de la unidad entre las tres personas de la Santísima Trinidad: «La comunión de los cristianos con Jesús tiene como modelo, fuente y meta la misma comunión del Hijo con el Padre, en el don del Espíritu Santo: los cristianos se unen al Padre al unirse al Hijo en el vínculo amoroso del Espíritu»⁸.

Como su Señor, la Iglesia viene de arriba y camina también hacia arriba, puesto que ella es el «Reino de Dios presente en misterio»⁹. La Iglesia está en la historia, está en el mundo, a donde es enviada, pero su misión no puede reducirse a las coordenadas de la historia, de lo visible. La unidad de los hombres con Dios y entre sí, que llevó a cabo Jesucristo, mediante su muerte y resurrección, se realiza históricamente en la Iglesia y se consumará de forma definitiva y plena en la Iglesia celestial.¹⁰

De acuerdo con las enseñanzas conciliares, la Iglesia, en su forma visible y en su actuación histórica, es el sacramento, es decir, el signo y el instrumento elegido por el Padre para llevar a cabo su designio de salvación, de amor y de unidad entre los seres humanos desde la creación hasta la parusía. Por iniciativa divina, la Iglesia es la participación histórica en la unidad trinitaria, es el misterio o sacramento de la «unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano».

Hablar de comunión eclesial es referirse, ante todo, al misterio de la Iglesia. Su ser y misión no pueden reducirse a categorías sociológicas o a simples valoraciones histórico-políticas. Esto quiere decir que la misión de la Iglesia consistirá en provocar en todo tiempo y en todas las situaciones el encuentro del Espíritu de Dios con la carne, el encuentro de Dios con los hombres, tal como este se realizó en la misión y la actividad del Verbo encarnado. La misión de la Iglesia podríamos resumirla en el encargo de llevar al mundo entero hacia el Padre, por medio de Cristo, en el único Espíritu.

La Iglesia comunión es el signo y el instrumento, es decir, el sacramento, a través del cual el Espíritu realiza la comunión de los hombres con Dios y entre ellos mismos. Pero, además, de esta comunión con las personas divinas, la Iglesia está enviada a realizar la comunión con las *cosas santas*, como son la Palabra de Dios que convoca a la salvación, juzgando e iluminando la conducta humana, y los sacramentos, que actualizan y realizan el misterio pascual de Cristo para la salvación de la humanidad.

⁷ NMI 43.

⁸ CHL 18.

⁹ LG 3.

¹⁰ Como afirma el Concilio Vaticano II: «El Padre estableció convocar a quienes creen en Cristo en la Santa Iglesia, que ya fue prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del Pueblo de Israel y en la Antigua Alianza, constituida en los tiempos definitivos, manifestada por la efusión del Espíritu Santo y que se consumará gloriosamente al final de los tiempos. Entonces, como se lee en los Santos Padres, desde el justo Adán, desde el justo Abel hasta el último elegido, serán convocados en una Iglesia universal en la casa del Padre». LG 23.

La reforma continua y el impulso misionero de la Iglesia son aspectos de la misma fuente trinitaria de la que proviene la Iglesia y hacia la que camina por los senderos del tiempo. El futuro prometido por Dios, los «cielos nuevos y la nueva tierra» (2 Pe 3,13), se convierten para la Iglesia en estímulo para buscar la unidad, para anunciarla y para construirla en la historia: «Así, pues, la Iglesia ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y templo del Espíritu, y en Cristo, Cabeza de todos, se rinda al Creador y Padre universal todo honor y toda gloria»¹¹.

Algunas propuestas para vivir la comunión

- a) La Santísima Trinidad es el modelo consumado de la comunión: tres personas distintas y un solo Dios. La Iglesia y los cristianos, a la hora de vivir nuestra fe y nuestra pertenencia a la Iglesia, hemos de mirarnos en este modelo, teniendo en cuenta que somos diferentes, pero complementarios. Solo la diferencia entre unos y otros, suficientemente valorada, puede ayudarnos a vivir la comunión.
- b) La Trinidad no solo es modelo de la comunión eclesial, sino fuente de la misma. De la comunión, que habita en nuestros corazones, fluye constantemente la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo. El apóstol Pablo dirá que «al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones» (Rom 5,5). Esto quiere decir que de la Trinidad mana el amor y la unidad, con las que nosotros debemos vivir la relación de amor con Dios y con nuestros semejantes. La presencia de la Trinidad en nosotros nos permite recibir comunión y ofrecer comunión, superando divisiones, egoísmos y envidias.
- c) La Trinidad es también la meta de la comunión. La vida cristiana tiene sentido en la medida en que permanece fundamentada en el amor, en la santidad y en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La comunión de vida, que viene a nosotros, especialmente por los sacramentos y, más concretamente por la Eucaristía, debemos ofrecerla a los demás en la convivencia diaria y en todos los ámbitos de la actividad pastoral. Y hemos de hacerlo, asumiendo que aquí, en esta tierra, no encontraremos ni llegaremos nunca a la plenitud de la comunión. La realización plena y definitiva de ésta solo tendrá lugar en el más allá de este mundo, pues somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador.
- d) Las relaciones de los cristianos con los demás y las mismas estructuras eclesiales deben ser como un sacramento, signo o instrumento de la íntima unión de Dios¹². De este modo la comunión trinitaria no es un misterio lejano o inalcanzable para el ser humano, sino el fundamento de nuestro vivir y actuar como cristianos. Cuando vivimos la comunión e intentamos construirla somos para el mundo presencia y reflejo de la Santísima Trinidad. En este sentido, la comunión es siempre algo dinámico, porque en la medida en que descubrimos el amor y la comunión de Dios, debemos acogerla, testimoniarla y ofrecerla a los demás.
- e) Para vivir la comunión es, además, necesaria «la escucha recíproca y eficaz» entre todos¹³. Esta escucha debe darse entre los pastores y los restantes miembros del pueblo de Dios, entre los cristianos y entre las asociaciones y movimientos laicales. Con frecuencia existen tensiones dentro de la Iglesia provocadas por la falta de escucha y la aceptación de los hermanos. En otros casos, las tensiones provienen

¹¹ LG 17.

¹² LG 1.

¹³ NMI 43.

de la falta de claridad sobre la identidad de cada una de las vocaciones en la Iglesia. La forma de resolverlas tiene que ser la acogida fraterna, la escucha y el diálogo.

- f) El servicio a la comunión debemos prestarlo desde la vocación recibida del Señor «por pura gracia» (Ef 2,5). Los presbíteros deberán actuar siempre sin suplantar la vocación de los fieles laicos. Estos, además de prestar su servicio en la evangelización de la parroquia y del barrio, no deberán olvidar nunca que su misión fundamental consiste en la evangelización del mundo y en la transformación de las realidades temporales según el querer de Dios. A los laicos, presbíteros y consagrados les corresponde concretar la comunión, que nace del mismo don de la fe, del mismo bautismo y de la misma misión. El Espíritu suscita vocaciones diferentes, pero estas tienen que vivirse desde la comunión fraterna y desde la clara conciencia de complementariedad.
- g) El gran reto para los cristianos al comienzo del nuevo milenio, y también en estos momentos, es hacer de la Iglesia *casa y escuela* de comunión por fidelidad a la voluntad de Dios, para responder a las profundas esperanzas del mundo y por la necesidad de buscar respuestas evangelizadoras convincentes para la sociedad y para el hombre de hoy que vive atrapado por el individualismo¹⁴.

b) La misión

La comunión y la misión están íntimamente unidas, se complementan tan profundamente entre sí que la comunión expresa a la vez la fuente y el fruto de la misión. San Juan Pablo II, al referirse a esta profunda unión entre comunión y misión, nos decía: «La comunión es misionera y la misión es para la comunión»¹⁵. La comunión con Dios y con los hermanos es la condición para la credibilidad del anuncio (cf. Jn 13,35) y éste es el camino a recorrer para el crecimiento de la comunión, para la organización interna de la comunidad cristiana, para la distribución de responsabilidades y para la renovación de estructuras.

En el cumplimiento de la misión, el evangelizador no debe perder nunca de vista la actuación de Cristo durante los años de su vida pública, puesto que Él es el primer evangelizador, el primer misionero. De las enseñanzas evangélicas, es posible deducir que Jesús predicaba y curaba de día, y oraba de noche (cf. Mc 1,34-35). Su vida fue una entrega incondicional a la misión, desde el amor y la obediencia al Padre celestial, y sus palabras brotaron siempre del amor, de la paciencia, de la compasión y de la misericordia hacia quienes vivían como ovejas sin pastor. Él es el testigo fiel de la verdad y del amor de Dios para la salvación del mundo. Él es el Pastor, «el Buen Pastor» (Jn 10,11), y el referente de toda pastoral.

Además de contemplar las actitudes y comportamientos de Jesús como evangelizador, el discípulo misionero debe vivir y actuar con conciencia de enviado: no actúa en nombre propio, sino en nombre y por encargo del Maestro. Por eso, el misionero tiene que vivir con la convicción de que la misión no consiste en ofrecer un producto religioso o unas enseñanzas doctrinales, sino en la formación de una comunidad de hermanos, en la que el encuentro y las relaciones sean manifestación del amor de Dios y,

¹⁴ NMI 43.

¹⁵ CHL 32.

de este modo, la vida misma, como sucedía en las primeras comunidades cristianas, se convierta en anuncio y testimonio de la presencia de Dios en medio de sus miembros (cf. Hch 2,44-47).

Como Cristo fue enviado por el Padre, el evangelizador también es enviado al mundo para ser testigo de Jesucristo, de lo que ha visto y oído, no de lo que otros puedan decirle. Por esta razón al enviado se le pedirá que sea fiel y no altere el mensaje que se le ha confiado. Esto nos recuerda que ningún bautizado puede ofrecer el Evangelio a sus semejantes con convicción y alegría, si no conoce profundamente a Jesucristo, centro del anuncio, y si no está convencido de que «todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno»¹⁶.

Jesús sabe y deja claro en el Evangelio que el discípulo no es más que su Maestro y, por tanto, han de llevar a cabo el encargo recibido de Él como «corderos en medio de lobos» (Jn 10,3). El misionero ha de estar dispuesto incluso a perder la vida por el Evangelio. Los discípulos no pertenecen al mundo y por eso este los odia. En definitiva, para poder evangelizar, hay que poner la vida entera en las manos de Dios.

Esto nos recuerda que, antes de ser misionero, el bautizado tiene que ser un buen discípulo pues, para poder evangelizar, no basta la fidelidad doctrinal, sino que es necesaria la fidelidad vital, integral, el amor sin condiciones. El discípulo misionero ha de distinguirse no solo por lo que dice, sino por lo que hace, pues toda su vida «debe ser una misión en el mundo»¹⁷. Las palabras y las obras del misionero tienen que mostrar las actitudes y los comportamientos del Maestro, a quien ha de imitar en cada instante de la vida. Por eso, el verdadero discípulo experimentará que Jesús camina con él, vive con él y permanece con él para ayudarlo a conocer al Padre y a descubrir los secretos del Reino. No es posible evangelizar viviendo según los criterios del mundo.

La Iglesia y cada bautizado tenemos el encargo de anunciar, celebrar y dar testimonio de la Buena Noticia del amor y de la salvación de Dios en cada momento de la historia. Puesto que Dios nos habla no solo a través de su Palabra, sino por medio de los comportamientos de las personas y de los acontecimientos de la historia, hemos de pararnos a contemplar la realidad con los ojos de Dios y practicar el discernimiento para darle gracias por los muchos bautizados que celebran cada día su fe, dan testimonio del amor de Dios y asumen la misión de anunciar la alegría del Evangelio a sus semejantes. Pero, también hemos de tomar conciencia de que bastantes hermanos, arrastrados por la indiferencia religiosa, no sienten la necesidad de Dios para responder a las preguntas sobre el sentido de la existencia y, de hecho, actúan como si Dios no existiese para ellos.

Algunas propuestas para vivir la misión

- a) La experiencia del amor de Dios y la profunda convicción de que el Espíritu Santo nos precede y acompaña en la misión tienen que impulsarnos a salir de nosotros mismos y de nuestras preocupaciones para encontrarnos con quienes viven en las periferias humanas y existenciales. A todos hemos de escucharlos, acogerlos con alegría y mostrarles el amor de Dios, con el testimonio de las obras y de las palabras, pues la misión, además de ser una pasión por Jesús, debe ser también una pasión por su pueblo. Por eso, el evangelizador debe desarrollar el gusto

¹⁶ EG 265.

¹⁷ EG 273.

espiritual de estar cerca de la vida de la gente para ofrecerle el testimonio de la esperanza. «Solo puede ser misionero alguien que se siente bien, buscando el bien de los demás, deseando su felicidad»¹⁸.

- b) Para evangelizar en una realidad de increencia e indiferencia religiosa, además de poner los medios para avanzar en la necesaria conversión a Dios, mediante una profunda espiritualidad, hemos de asumir que el hombre de hoy, como el de otros tiempos, tiene necesidad de conocer a Dios y experimentar su amor como respuesta a sus interrogantes más profundos, como plenitud de sentido para su peregrinación por este mundo y como invitación a vivir la esperanza en el presente y en el más allá de la muerte.
- c) Además de la conversión a Dios, el cristiano tiene que asumir también la urgencia de la conversión pastoral. Cuando pensamos en la misión, no podemos aferrarnos a un pasado que ya no existe ni podemos repetir una y otra vez que «las cosas siempre se han hecho así». El ardor misionero y el celo pastoral tienen que impulsarnos a salir de nosotros mismos para mostrar a creyentes y no creyentes que la Iglesia y el Evangelio no son ninguna amenaza para la libertad del ser humano, pues el Evangelio «se propone, pero no se impone». Es más, los cristianos sabemos muy bien que la fe en Jesucristo nos enseña a respetar la libertad de conciencia y las convicciones religiosas de cada ser humano, pero sin callar «lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20).
- d) En el ejercicio de la misión y como condición para que la semilla evangélica fructifique, además de orar por nuestros semejantes para que descubran la alegría del Evangelio, hemos de escuchar y responder a las dudas sobre la fe y a los prejuicios sobre la Iglesia y su misión por parte de bastantes hermanos que solo conocen la Iglesia por las informaciones deformadas sobre ella de sus compañeros de camino o de algunos medios de comunicación. Si no clarificamos estas dudas y respondemos a estas preguntas, será muy difícil que el Evangelio proclamado y testificado pueda dar sus frutos.
- e) En el cumplimiento de la misión, especialmente en el momento presente hemos de tener en cuenta que no basta el anuncio o la proclamación del Evangelio, aunque lo hagamos con profunda convicción. Además del anuncio, el discípulo misionero tiene que vivir intensamente las enseñanzas evangélicas y dar testimonio de ellas.
- f) Hoy es preciso sembrar la semilla evangélica a manos llenas y sin desfallecer, pero asumiendo que el fruto de la siembra depende de la acogida de la semilla y de la acción del Espíritu Santo en el corazón de cada persona. Por eso, no podemos dejar de pedir a Dios en nuestra oración que abra la mente y el corazón de los hermanos al Evangelio.

c) Participación

Por el bautismo, todos hemos sido constituidos hijos de Dios, miembros de Cristo y, por tanto, partícipes de su oficio sacerdotal, profético y real. Esta participación en el

¹⁸ EG 272.

sacerdocio, en el profetismo y en la realeza de Cristo nos recuerda que la función salvífica de la Iglesia no solo es responsabilidad de los ministros ordenados, sino también de todos los bautizados. Los presbíteros, consagrados y laicos, cada uno desde su vocación y desde la vivencia de la comunión, hemos de asumir el compromiso de participar en las actividades pastorales de la Iglesia como responsables de su misión.¹⁹

El espacio más adecuado para hacer efectiva la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios del único sacerdocio de Cristo es la diócesis y la parroquia. En ellas se pueden valorar los ministerios ordenados en su peculiaridad y se pueden también promover los ministerios bautismales en su variedad, teniendo en cuenta aquellos carismas y ministerios que son más necesarios para el bien de todos en una concreta realidad social, cultural y política. En comunión con la Iglesia universal y con los deseos del Santo Padre, es preciso que sigamos impulsando la participación activa de los fieles laicos en los ministerios de lector, acólito y catequista.

En las últimas décadas ha crecido la participación de los fieles laicos en las actividades pastorales parroquiales y diocesanas. Muchos seculares, conscientes de su vocación y de su misión en la Iglesia y en el mundo, están asumiendo responsabilidades en la diócesis, en las parroquias y en los movimientos apostólicos, así como en las asociaciones de fieles, hermandades y cofradías. Así mismo, es importante la asunción de responsabilidades por parte de los laicos en la catequesis, en la actividad caritativa, en el cuidado de la liturgia, en la atención a los ancianos y en otras actividades parroquiales o diocesanas.

Además de dar gracias a Dios por la disponibilidad, la entrega gozosa y la vivencia de la vocación por parte de tantos hermanos, no podemos ser conformistas, pues la tarea evangelizadora que la Iglesia ha de realizar en nuestros días es inmensa. Por ello, los presbíteros, consagrados y fieles laicos, que constituimos el único Pueblo de Dios, no podemos dejar de buscar nuevos caminos para incrementar la participación de todos los bautizados en la misión de la Iglesia y hemos de poner todos los medios a nuestro alcance para hacer posible, con la ayuda de Dios, que las parroquias sean verdaderas comunidades cristianas y las estructuras parroquiales promuevan la participación de los laicos²⁰. Para ello, hemos de poner especial empeño en la constitución de los consejos económicos y pastorales pedidos o recomendados por el Concilio Vaticano II.

Ahora bien, como la vocación de los fieles laicos se caracteriza fundamentalmente «por su índole secular», no pueden conformarse con su participación en las actividades parroquiales. Además de la colaboración activa en las actividades pastorales, diocesanas y parroquiales, los cristianos laicos tienen que asumir su participación y compromiso en la vida pública: en los ámbitos culturales, sociales, políticos, educativos, laborales y profesionales.

¹⁹ La vivencia de la comunión con Cristo y entre nosotros tiene que ayudarnos a superar la visión de muchos bautizados que aún piensan que la evangelización es solo responsabilidad y misión de los presbíteros y de los consagrados. Esta visión de la Iglesia y de la misión reduce la participación de los laicos a una simple colaboración, subordinada a los sacerdotes y consagrados. El sacramento del bautismo es el fundamento de la participación de todos en la Iglesia y, por tanto, de la necesaria relación entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial. Ambos sacerdocios «están ordenados el uno al otro, puesto que ambos, cada uno a su manera, participan del único sacerdocio de Cristo» LG 10.

²⁰ Cf. CHL 27.

Para mantener la dinámica de participación y corresponsabilidad en los próximos años, será preciso dar un nuevo impulso al asociacionismo laical, fomentar una espiritualidad sinodal y ofrecer una formación integral y permanente para hacer posible la conversión personal y pastoral. Esta formación y espiritualidad sinodal tenemos que asumirlas con esfuerzo, entrega y sacrificio, pues la experiencia nos dice que, como consecuencia de las transformaciones rápidas y profundas de la sociedad, es preciso que recorramos nuevos caminos y encontremos nuevas propuestas para poder evangelizar.

Algunas propuestas para vivir la participación

- a) La vivencia de la participación no es fácil pues todos tenemos deseos de perfección y de hacer el bien, pero con el paso del tiempo nos encontramos sometidos al pecado y a las debilidades de la condición humana. Aspiramos a vivir con actitudes de amor y de solidaridad hacia nuestros semejantes, pero tenemos que confrontarnos con nuestros egoísmos y con la búsqueda de los propios intereses. Alabamos el trabajo solidario, compartido y participativo, pero frecuentemente caemos en la imposición, en el afán de poder y en la defensa de nuestros derechos. Esto quiere decir que para vivir la participación hemos de ponernos en actitud de sincera conversión al Señor, asumiendo que lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (cf. Mt 19,26).
- b) La participación es imposible, si no asumimos que cada persona es mi hermano, no un contrincante. Y cada hermano, con su vocación, con sus dones y carismas, recibidos de Dios, es un don para mí, alguien que me pertenece, y que necesita mi comprensión y colaboración para crecer como persona y como creyente. El verdadero gozo del cristiano debe consistir en dar espacio al hermano para que pueda cumplir la misión confiada por el Señor, superando los deseos de competitividad, las ganas de hacer carrera, la desconfianza y la envidia²¹. Desgraciadamente, en ocasiones percibimos que en la Iglesia estas actitudes negativas prevalecen sobre la voluntad sincera de acoger y abrazar al hermano como alguien que me pertenece.
- c) Todos debemos ser muy conscientes de la necesidad de vivir la participación, desde la corresponsabilidad con los restantes miembros del Pueblo de Dios, pues en el cumplimiento de la misión evangelizadora de la Iglesia, nadie puede actuar por libre ni pretender impulsarla como «llanero solitario». El cristiano, además de dar gracias a Dios por haber sido invitado a formar parte de su pueblo, ha de asumir que la participación con los hermanos en la misión de la Iglesia nos enriquece espiritualmente, nos ayuda a madurar en la fe y nos permite vivir todos los aspectos que constituyen la evangelización. Como nos dice el Concilio: «Los sagrados pastores conocen perfectamente cuánto contribuyen los laicos al bien de la Iglesia entera. Saben los pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus carismas y servicios de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común. Pues es necesario que todos, abrazados a la verdad en todo, crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo»²².

²¹ Cf. NMI 43.

²² LG 30.

- d) Jesucristo es el auténtico protagonista de la historia y de la Iglesia, pues Él es el único Salvador, el único Señor y el que nos envía a todos en misión, como Él fue enviado por el Padre. Jesucristo ejerció este señorío durante los años de su vida pública por medio del servicio: «Yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc 22,27). Cuando los sacerdotes, los consagrados o los laicos, aunque sea inconscientemente, pretendemos ser protagonistas en la misión, rompemos la comunión, olvidamos al Señor y ocupamos un espacio que no nos corresponde: «Si yo, el maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros» (Jn 13,14).
- e) En la Iglesia, aunque nadie es imprescindible, todos somos necesarios. Nadie debe inhibirse o renunciar a la participación en la misión de la Iglesia, pues todos somos Iglesia y hemos recibido dones del Señor para ponerlos al servicio de los hermanos y del bien común (cf. 1 Cor 12,7). Desde la contemplación del rostro de Cristo, tenemos que llegar a la acción. No podemos cerrarnos en falsos espiritualismos ni limitarnos a consumir actos religiosos sin que estos tengan su repercusión en la vida familiar, social, cultural y, por supuesto, en las actividades parroquiales. Esto, que no es fácil, se va aprendiendo con el paso del tiempo desde la fidelidad al Señor y el amor a la Iglesia.
- f) Aunque, como digo, hemos de ser activos en la acción pastoral y en su programación, antes de nada, hemos de asumir que los resultados de la misión no dependen de nuestras capacidades ni de nuestros esfuerzos, sino de la oración personal y comunitaria, pues Dios nos precede siempre en la misión y nos acompaña en la realización de la misma con su gracia. Además, la oración nos recuerda siempre la primacía de Jesucristo, así como la primacía de la vida interior y de la santidad. «Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la Palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: *Duc in altum!*»²³.

La sinodalidad

Después de reflexionar sobre la comunión, la misión y la participación, tendríamos que preguntarnos en qué consiste la sinodalidad. Para ello, hemos de escuchar las enseñanzas de los expertos en el tema. Concretamente, los miembros de la Comisión Teológica Internacional nos dicen: «La sinodalidad indica la específica forma de vivir y de obrar (*modus vivendi et operandi*) de la Iglesia, Pueblo de Dios, que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora»²⁴.

A partir de esta definición, podemos afirmar que la misión salvífica de la Iglesia, no solo es responsabilidad del ministerio ordenado, sino de todos los bautizados. En este sentido, San Juan Pablo II ya nos recordaba a los pastores la necesidad de promover los ministerios de los fieles laicos. «Los pastores, por tanto, han de reconocer y promover los

²³ NMI 38.

²⁴ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la Iglesia*, 6.

ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su fundamento sacramental en el bautismo y en la confirmación, y para muchos de ellos, además, en el matrimonio»²⁵

La puesta en acción de una Iglesia sinodal, en la que todos podamos escucharnos, discernir y caminar juntos, dejándonos sorprender por la presencia y la acción del Espíritu Santo, es el presupuesto indispensable para dar un nuevo impulso misionero a la Iglesia y para continuar avanzando en el compromiso evangelizador. La Iglesia no puede dejar fuera de su misión a nadie, porque, como bien sabemos, es el mismo Dios el que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2,4). Pero, tampoco puede dejar en el camino a ninguno de los fieles para cumplir su misión, pues «caminar juntos» significa contar con todos y construir puentes.

Una de las principales funciones del obispo diocesano, en comunión con el Sucesor de Pedro, con los restantes obispos y con los presbíteros, consiste en favorecer y animar la participación y la corresponsabilidad de todos los bautizados para el bien de la Iglesia. Esto quiere decir que no puede existir verdadero camino sinodal sin la implicación decidida de los pastores que han de poner en funcionamiento los organismos aprobados por el Código de Derecho Canónico para promover la participación de todos los miembros del pueblo de Dios en la única misión de la Iglesia.

Teniendo en cuenta las enseñanzas sobre el Pueblo de Dios del Concilio Vaticano II, la verdadera sinodalidad no consiste en llevar a cabo una ruptura con el pasado ni en cambiar todas las estructuras de la Iglesia, porque estas no estén de acuerdo con los criterios culturales del momento o con la apreciación particular de cada uno. Pero, tampoco consiste en dejar las cosas como están, sino en poner los medios para la participación de todos los bautizados, cada uno según su vocación, asumiendo las enseñanzas de la Palabra de Dios y actuando en fidelidad a la Tradición viva de la Iglesia, para afrontar los problemas de la evangelización en este momento de la historia.

Sin el testimonio de comunión en el compromiso misionero de todos los miembros del Pueblo de Dios y sin el impulso de la corresponsabilidad, mediante la puesta en práctica de la sinodalidad, la Iglesia mostrará al mundo un rostro deformado y no podrá responder a los desafíos de la evangelización. Una Iglesia, cerrada sobre sí misma, está incapacitada para salir en misión y para mostrar el rostro del Resucitado al hombre de hoy, pues estará más preocupada de mantener estructuras de poder que en servir.

²⁵ CHL 23.

3.- ASPECTOS A CUIDAR EN UNA IGLESIA SINODAL

A partir del 8 de octubre, si Dios quiere, tendrá lugar en Roma la celebración de la primera fase de la Asamblea sinodal. Coincidiendo con esta celebración, nosotros comenzaremos la oración, el estudio y la reflexión de los temas del último cuadernillo de nuestro sínodo sobre la dimensión caritativa de la Iglesia y su presencia en la vida pública. Hemos de permanecer atentos a las deliberaciones de los sinodales, pues sus aportaciones pueden ser una ayuda muy importante para la celebración de la Asamblea, que nosotros, Dios mediante, tendremos durante los meses de febrero y marzo del próximo año.

El *Instrumentum laboris* redactado para la preparación de los trabajos de esta primera fase del Sínodo de los Obispos, además de resumir las aportaciones de las asambleas nacionales y continentales, presenta algunas características o virtudes que, tanto desde el punto de vista personal como comunitario, podrían ayudarnos en la dinamización e impulso de una Iglesia auténticamente sinodal.

Puesto que algunos hermanos, por falta de tiempo o por otras razones, no habréis podido deteneros en el estudio de estas características, me atrevo a proponeros –sin pretender ser exhaustivo– un breve comentario sobre algunos comportamientos y actitudes que, a mi entender, deberíamos valorar y tener presentes en la celebración de la asamblea sinodal y en la aplicación pastoral de las propuestas de nuestro sínodo diocesano.

La escucha

Vivimos en un mundo en el que muchos hermanos permanecen sordos a los reclamos de los demás. En otros casos, la velocidad en la sucesión de los acontecimientos nos impide escuchar debidamente al otro. Sucede, con frecuencia, que cuando alguien está a mitad de su comunicación, se le interrumpe y se le contesta sin dejarle terminar de decir. Esto es síntoma de que estamos perdiendo la capacidad de la escucha.

En la Iglesia, tanto los ministros ordenados como los demás bautizados hemos de dedicar tiempo a escucharnos, pues todos tenemos derecho a hablar y a ser escuchados para trabajar unidos por el bien de la Iglesia. No se trata de establecer un debate para convencer a los demás de nuestras propuestas y de nuestros puntos de vista, sino de acoger con apertura de miras lo que los hermanos dicen, como un medio a través del cual el Espíritu Santo puede hablar para el bien de todos²⁶.

Esta escucha exige el esfuerzo de captar con atención lo que el otro quiere decirme, acogiendo cordialmente su mensaje e interpretando el significado correcto del mismo, aunque no coincida con mis planteamientos. «Solo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios, y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida»²⁷.

²⁶ Cf. SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Vademecum para el Sínodo sobre la sinodalidad*, 7 de septiembre de 2021, 2.3.

²⁷ EG 171.

En una Iglesia sinodal, la búsqueda de nuevos caminos para la misión, los cambios estructurales, los recursos económicos y la planificación de la acción pastoral tendrían que ser siempre el resultado de la escucha. Si partimos de la escucha de Dios, de los demás y de la realidad, a pesar de las dificultades, siempre será posible llegar a conclusiones operativas que impliquen a todos los miembros de la comunidad cristiana²⁸.

El diálogo

«Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo dialogar»²⁹. El diálogo debe ayudarnos a encontrarnos para buscar juntos la verdad pues, aunque estamos inundados por un cúmulo de noticias sobre los temas más variados, esto no significa que seamos más sabios ni que tengamos más ayuda para el conocimiento de aquellas verdades que son fundamentales para darle un nuevo sentido o una nueva orientación a la existencia.

En esta búsqueda de la verdad, del bien y del sentido, además de caminar juntos los que compartimos la misma fe y esperanza en Jesucristo, hemos de acercarnos también a quienes viven en la indiferencia religiosa o no conocen a Dios. En el recorrido del camino, nos ayudará la oración por quienes no pueden dialogar, experimentan la persecución religiosa o sufren la muerte por permanecer fieles a Jesucristo.

La oración tiene que iluminarnos también en el diálogo ecuménico. Este tiene que ser un desafío para quienes nos confesamos discípulos de Jesucristo. El Espíritu Santo, que «es vínculo de la unidad de la Iglesia»³⁰, actúa también en otras Iglesias y comunidades eclesiales, invitándonos a todos a emprender caminos de escucha y diálogo para el conocimiento mutuo y para la colaboración fraterna. Esto quiere decir que una Iglesia, verdaderamente sinodal, no puede dejar de dialogar con quienes comparten el mismo bautismo.

El proceso sinodal es una oportunidad que el Señor pone en nuestro camino creyente para practicar el diálogo y descubrir lo que significa la unidad en la diversidad. Esto quiere decir que hemos de estar dispuestos a hacer un camino común con los miembros de otras Iglesias cristianas, como expresión y testimonio de la misma fe en Jesucristo. El Santo Padre, gran impulsor del ecumenismo, nos dice que «El camino de la sinodalidad, que la Iglesia católica está recorriendo, es y debe ser ecuménico, del mismo modo que el camino ecuménico es sinodal»³¹.

Pero, además de cuidar el diálogo ecuménico, hemos de practicar también el diálogo interreligioso con los creyentes de otras religiones no cristianas para descubrir y apoyar aquellos valores relacionados con la defensa de la vida, la dignidad de la persona

²⁸ El papa Francisco, al definir los aspectos de una Iglesia sinodal, afirma: «Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar es mucho más que oír. Es una escucha recíproca en la cual cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, colegio episcopal, obispo de Roma: uno en escucha de los otros; y todos en escucha del Espíritu Santo, el Espíritu de la verdad, para conocer lo que él dice a las Iglesias». FRANCISCO, *Discurso con motivo del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 de octubre de 2015.

²⁹ FT 198.

³⁰ UR 2.

³¹ FRANCISCO, Discurso a Su Santidad Mar Awa III, Catholicos-Patriarca de la Iglesia de Siria de Oriente, 19 de octubre de 2022.

y la búsqueda del bien común de la sociedad. Ante la polarización y fragmentación de la sociedad, los cristianos hemos de caminar junto a todos los seres humanos para ser agentes de reconciliación y de paz, para escuchar las justas reivindicaciones de nuestros semejantes, para buscar soluciones a sus problemas y denunciar las situaciones de exclusión social.

Una Iglesia sinodal tiene que poner los medios para gestionar las tensiones y las polarizaciones sociales, asumiéndolas como un medio importante para poder entender la *comunidad*, la *misión* y la *participación*. «En una sociedad pluralista, el diálogo es el camino más adecuado para llegar a reconocer aquello que debe ser siempre afirmado y respetado, y que está más allá del consenso circunstancial»³². La aceptación de algunos valores permanentes, aunque no siempre sea fácil reconocerlo, ayuda a suturar heridas provocadas por la convivencia social y otorga solidez y estabilidad a una ética social.

La amabilidad

En la actualidad, millones de personas sufren en el mundo a causa de los enfrentamientos armados, de la violencia y el hambre. Este sufrimiento también tiene sus manifestaciones en las relaciones sociales y en la convivencia diaria. En ocasiones, las prisas y las muchas ocupaciones nos impiden tener tiempo para escuchar a quienes viven solos o sienten la necesidad de comunicarse con nosotros para compartir sus problemas.

El papa Francisco, además de denunciar los comportamientos de quienes olvidan a los demás y, por razones diversas, huyen de sus problemas, nos invita a detenernos ante cada ser humano para superar la incomunicación y para ofrecerle nuestro reconocimiento, mediante gestos sencillos y palabras amables, diciéndoles *permiso*, *perdón*, *gracias*. El esfuerzo por prestar atención a los demás, por regalarles una sonrisa, vivido cada día, tiene el poder de crear esa convivencia sana que vence las incomprendiones y previene los posibles conflictos³³.

La incomunicación y las dificultades para el encuentro y la relación fraterna, que constatamos en la sociedad, podemos experimentarlas también en el seno de la Iglesia. En ocasiones descubrimos que también existen divisiones, calumnias y difamación entre algunos miembros de la comunidad cristiana, provocados por la envidia, los celos o por el afán de imponer los propios criterios a los demás.

Ante la constatación de estos comportamientos negativos en el seno de la comunidad cristiana, el papa Francisco nos pide que practiquemos la amabilidad, «que es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices»³⁴.

Con frecuencia, todos –yo el primero– deberíamos examinarnos sobre las actitudes y comportamientos con nuestros semejantes para que la petición de perdón a Dios y a los hermanos, que hacemos al comienzo de la Eucaristía, tenga su positiva repercusión en la convivencia fraterna y en las relaciones sociales. De hecho, una Iglesia sinodal no podrá concretar el «caminar juntos», si los miembros de la comunidad cristiana

³² FT 211.

³³ FT 224.

³⁴ FT 224.

no damos testimonio de comunión fraterna y alegría en la práctica del mandamiento del amor para que los demás puedan descubrir cómo nos amamos y nos acompañamos.

El cuidado

Los avances científicos y técnicos de las últimas décadas han sido extraordinarios. Sin embargo, los beneficios de este progreso no acaban de llegar a millones de personas y países empobrecidos y necesitados de ayuda. Es más, estos avances no se están traduciendo en un mejor acompañamiento y cuidado de las personas que, por diversas circunstancias, experimentan la soledad, el abandono y la marginación.

El papa Francisco, en distintos momentos de su pontificado, ha denunciado con mucha valentía este tipo de progreso que mata, que margina y excluye a millones de personas en el mundo. Pero, al mismo tiempo, el Santo Padre nos invita también a hacer un examen de conciencia para descubrir cómo estamos actuando cada uno en la convivencia familiar, en las relaciones sociales y en la vivencia religiosa.

Ciertamente, el Papa reconoce los avances científicos y técnicos de la humanidad, pero a continuación señala que, en los países desarrollados económicamente, «somos analfabetos en el acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente»³⁵.

Estos comportamientos, además de ser «síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse al margen del dolor»³⁶, son una llamada para que, desde una Iglesia sinodal, busquemos tiempo para cuidar, acompañar y caminar con estos hermanos. No podemos reaccionar como aquellos que les molesta el sufrimiento de sus semejantes o pasan de largo ante quienes sufren.

Todos, pero especialmente los cristianos, hemos de saber «perder el tiempo» en la escucha, el cuidado y la solución de los problemas de nuestros semejantes. Cada día, en el camino de la vida, nos enfrentamos con la opción de ser buenos samaritanos, bajando del caballo para acompañar a quien está tirado al borde del camino o pasar de largo como indiferentes viajeros (cf. Lc 10,303-37), a quienes solo les interesan sus justificaciones.

La humildad

Una Iglesia sinodal tiene que actuar siempre desde la humildad, reconociendo que es santa por voluntad divina y por los dones de gracia recibidos de Dios, pero que al mismo tiempo es pecadora como consecuencia de los pecados e incongruencias de sus miembros. Por ello, todos los bautizados, para no ocultar la santidad de la Iglesia, tenemos que avanzar en el camino de la conversión y en la identificación con Cristo, reconociendo nuestros pecados y pidiendo perdón de ellos.

El caminar junto a los demás nos permite descubrir las limitaciones personales y las de nuestros semejantes. Además, nos recuerda también que, para crecer como personas y como creyentes, necesitamos permanecer abiertos a la gracia de Dios y atentos a los problemas de nuestros semejantes para escuchar sus necesidades y ofrecerles nuestra

³⁵ FT 64.

³⁶ FT 65.

ayuda desde una actitud de humildad y servicio. Esta ayuda hemos de ofrecerla especialmente a los emigrantes, marginados y excluidos por la sociedad, pues son ellos quienes experimentan cada día especiales dificultades para recorrer el camino de la vida.

La total dependencia de Dios y de los hermanos durante nuestra peregrinación por este mundo no solo es una cura de humildad, sino una invitación a profundizar en la Palabra de Dios y en el ejercicio de la misión, pues «si la música del Evangelio deja de vibrar en nuestras entrañas, habremos perdido la alegría que brota de la compasión, la ternura que nace de la confianza, la capacidad de reconciliación que encuentra siempre su fuente en sabernos siempre perdonados-enviados»³⁷.

El discernimiento

La Iglesia, que pretende avanzar en el camino de la sinodalidad, debe poner en marcha un discernimiento personal y comunitario de todos los fieles para reconocer, interpretar y elegir las acciones pastorales a realizar en cada momento, contemplando la realidad con la mirada de Dios e interpretando los signos de los tiempos. El papa Francisco señala que esta es una responsabilidad grave, pues «algunas realidades del presente, si no son bien resueltas, pueden desencadenar procesos de deshumanización difíciles de revertir más adelante»³⁸.

Para no cerrarnos sobre nosotros mismos y dejar de caminar con los otros, siempre será necesario practicar el discernimiento a partir de la escucha de la Palabra, la oración y la participación en los sacramentos. Sin escuchar la voz de Dios, será imposible hacer un auténtico discernimiento que nos permita acoger al hermano como alguien que nos pertenece y conocer la voluntad de Dios para vivir y actuar en fidelidad a la misma.

Las personas que deseen realizar un proceso de discernimiento deben vivir con la convicción de que necesitan una auténtica experiencia de Dios, descubriéndole presente en cada persona y en la realidad. En este sentido, no deberíamos olvidar nunca que el discernimiento, aunque requiere la colaboración del creyente mediante la oración, la reflexión y la acogida cordial del hermano, es siempre una gracia y un don de Dios.

Pero, además de la gracia de Dios y de la escucha de los hermanos, el discernimiento nos exige también conocer y estudiar previamente los temas a discernir, mediante la formación y la consulta a personas bien formadas. Tanto en la diócesis como en las parroquias existen estructuras de comunión –como pueden ser los Consejos diocesanos y parroquiales de pastoral– que pueden ayudarnos a hacer este discernimiento.

En todos los casos, el discernimiento tiene que orientarnos en la elección de aquellas decisiones que se ajusten más al Evangelio, al bien de la Iglesia y al bien común. En última instancia, se trata de que el querer de Dios prevalezca siempre sobre nuestros criterios personales y sobre los planteamientos culturales del momento.

Vivencia de la liturgia y la Eucaristía

El anuncio de la Buena Noticia a los demás, el impulso de la comunión misionera y la participación sinodal de todos los bautizados en la misión de la Iglesia pueden quedar

³⁷ FT 277.

³⁸ EG 51.

en bellas palabras, si no celebramos y renovamos la fe en el Señor Resucitado mediante el cuidado de la oración litúrgica y, especialmente, en la Eucaristía dominical³⁹.

La liturgia, «cumbre de la actividad de la Iglesia y fuente de donde mana toda su fuerza»⁴⁰, es el medio que Dios nos ofrece a todos los bautizados para alimentar y mantener vivo el propósito de impulsar la comunión misionera, la participación y la sinodalidad durante la peregrinación de la Iglesia por este mundo: «La liturgia contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia»⁴¹.

En una sociedad dividida y, en ocasiones, enfrentada, los cristianos hemos de ser instrumentos de reconciliación y de paz, poniendo los medios para ser y vivir como hermanos en la fe, dando testimonio de comunión: «La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios en torno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente».⁴²

La participación en la Eucaristía, además de ser expresión de nuestra identidad cristiana, es también un anuncio de fraternidad para toda la sociedad. Sin la Eucaristía no es posible ser cristiano, pues el bautizado que no celebra y valora el banquete eucarístico no podrá descubrir la identidad de la Iglesia ni podrá sentirse miembro vivo de la misma. Esto tiene que ayudarnos a contemplar la Eucaristía no tanto como un encuentro individual con el Señor, sino como el encuentro de los hermanos, de toda la comunidad cristiana, con el Dios de la vida, que se nos entrega y se nos da para que, en comunión con Él, vivamos la entrega a nuestros semejantes.

Pero, además, la Eucaristía es el antídoto contra la dispersión y el individualismo, pues quienes nos alimentamos de un mismo pan, formamos un único Cuerpo con el Señor (cf. Jn 6,56). La recepción del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, bajo las especies sacramentales, nos permite abrirnos al amor del Padre, mediante el don del Espíritu Santo, y nos abre también a la vivencia de la comunión con los restantes miembros del Pueblo de Dios. La Eucaristía, por lo tanto, cultiva y alimenta la comunión con Dios y con todos los hermanos, invitándonos a salir en misión hasta los confines de la tierra.

El servicio a los pobres

Los pobres y quienes experimentan la exclusión social deben ocupar siempre un lugar privilegiado en el ejercicio de la misión. Ellos son los preferidos del Señor y tienen que ser también los destinatarios del cuidado amoroso de la Iglesia. Por eso, los cristianos, además de dar incesantes gracias a Dios por aquellos momentos, en los que sale a nuestro encuentro en la persona de los necesitados, hemos de asumir también que ellos son

³⁹ La oración litúrgica y la celebración de la muerte y resurrección del Señor en la Eucaristía es el dato originario sobre el que se fundamenta la fe cristiana. Por eso, la Pascua dominical no puede ser nunca una obligación o el simple cumplimiento de un mandato, sino la exigencia de una vida cristiana consciente y coherente. En la participación eucarística, los cristianos experimentamos cada día la unidad radical en la misma oración, aunque sea en la diversidad de lenguas y ritos. Es más, la comunión del Cuerpo de Cristo hace de la Iglesia un cuerpo unido, pues quienes se alimentan de un mismo pan son invitados a caminar juntos en el anuncio de la salvación y en la edificación del Reino de Dios en medio del mundo.

⁴⁰ SC 10.

⁴¹ SC 2.

⁴² NMI 36.

portadores de una buena noticia, que todos necesitamos escuchar: «La Iglesia tiene algo que aprender de ellos»⁴³.

En determinadas situaciones de pobreza y exclusión social, tendremos que ayudar a los empobrecidos con nuestras aportaciones materiales, pero todos los agentes de pastoral hemos de asumir que la ayuda a los pobres con recursos materiales debe ser siempre una solución provisional, para resolver una urgencia. El gran objetivo de la actividad caritativa tendría que ser siempre permitirles una vida digna a través del trabajo⁴⁴.

El camino realizado junto a los pobres no solo es el reconocimiento de la igual dignidad de todos los seres humanos, asumiendo sus dolores y sufrimientos, sino también la necesidad de aprender de ellos, huyendo de las trampas del asistencialismo y anticipando, en la medida de lo posible, la lógica de «los cielos nuevos y de la tierra nueva» (2 Pe, 3,13) hacia la que nos encaminamos todos los seres humanos. La mejor ayuda para un pobre y el mejor camino para una existencia digna consiste en ayudarlo a descubrir las semillas que Dios ha puesto en cada uno, sus capacidades, iniciativas y fuerzas.

Desde el reconocimiento de la dignidad de cada ser humano, en el ejercicio de la actividad caritativa y en la búsqueda de soluciones a sus problemas, los pobres no deberían permanecer nunca al margen de las decisiones. Ellos tienen que ser acogidos, escuchados y valorados en su dignidad. En el futuro, los cristianos no podemos seguir realizando la actividad caritativa desde una actitud de superioridad, ofreciéndoles lo que tenemos o lo que nos dan, sino acompañándolos y valorando sus aportaciones para que sean ellos mismos los protagonistas de la búsqueda de las mejores soluciones para su crecimiento personal y para su integración social. No olvidemos que la caridad, ante todo, no es la donación de bienes materiales sino la entrega incondicional de la propia vida.

La propia sinodalidad

Tenemos que dar gracias a Dios, porque nuestra querida diócesis de Sigüenza-Guadalajara desde hace bastantes años, ha practicado la sinodalidad. No partimos de cero. Han sido muchas las reuniones de los Consejos diocesanos y parroquiales, con representación de todos los sectores pastorales y de todos los carismas eclesiales, en las que se ha practicado con más o menos acierto la sinodalidad. Mi experiencia de estos años vividos con vosotros me indica que hemos sabido orar juntos, escucharnos, dialogar y llegar a conclusiones operativas en la mayor parte de los casos.

Una vez que concluyan los trabajos del sínodo diocesano, tendríamos que preguntarnos: ¿qué podemos hacer para sostener e impulsar la participación y la actividad sinodal en la diócesis, en las parroquias y en los movimientos apostólicos? Entre otras cosas, tendremos que estudiar con paz las Constituciones sinodales, en las que se recogerán las propuestas pastorales. De este modo, podremos llevar a la práctica lo que juntos hemos propuesto, escuchando al Espíritu y escuchándonos unos a otros. Además, en los documentos publicados con ocasión de la celebración de la fase diocesana y continental del Sínodo de los Obispos, aparece la necesidad de ofrecer a todos los

⁴³ EG 198.

⁴⁴ FT 162.

bautizados una profunda espiritualidad sinodal y una formación integral que nos ayuden a todos a progresar en la conversión pastoral.

Ya sé que la formación es pedida por todos, pero luego va quedando relegada a un segundo plano en los compromisos personales. Sin embargo, hemos de vivir con la convicción de que los simples cambios de estructuras y de organización en la Iglesia no bastan para hacer una Iglesia sinodal. En este sentido el papa Francisco señala que: «Si no se cultiva una praxis eclesial que exprese la sinodalidad de manera concreta a cada paso del camino y del obrar, promoviendo la implicación real de todos y cada uno, la comunión y la misión corren el peligro de quedarse como términos un poco abstractos»⁴⁵.

Por supuesto, la formación integral y permanente no puede limitarse a la simple transmisión de contenidos doctrinales, aunque estos sean necesarios. La formación ha de afectar a todas las capacidades y cualidades de la persona para ayudarla a crecer en la escucha, en la oración y en el diálogo paciente y perseverante con los restantes miembros de la comunidad cristiana. Cuánto más urgente es el servicio que hemos de prestar a la Iglesia, más necesaria es la formación: «La formación para una espiritualidad sinodal está en el corazón de la renovación de la Iglesia»⁴⁶.

⁴⁵ FRANCISCO, *Reflexión para el inicio del proceso sinodal*, 9 de octubre de 2021.

⁴⁶ XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS (*Por una Iglesia Sinodal: comunión, participación, misión*), *Instrumentum laboris para la Primera Sesión (octubre de 2023)*, Roma, 29 de mayo de 2023, 59.

CONCLUSIÓN

La misión de la Iglesia es la evangelización, el anuncio y el testimonio de Jesucristo muerto y resucitado por la salvación de la humanidad. Como sucedió en otros momentos de la historia, experimentamos dificultades para cumplir la misión confiada por el Señor debido al relativismo, al miedo a confrontarse con la verdad y a la indiferencia religiosa de bastantes bautizados.

Aunque en teoría, no son muchos los que niegan la existencia de Dios, sin embargo, un buen número de hermanos viven y actúan como si Él no existiese. Al contemplar esta realidad con el corazón misericordioso de Dios, no podemos renunciar a evangelizar. Es más, tenemos que hacerlo con *nuevo ardor*, con *nuevos métodos* y con *nuevas expresiones*. Ante las dificultades para la evangelización, no podemos cerrarnos sobre nosotros mismos ni podemos permanecer indiferentes ante el desconocimiento de Dios. Hemos de sembrar cada día a manos llenas la semilla evangélica, aunque no veamos el fruto de la siembra o la semilla crezca juntamente con la cizaña (cf. Mt 13,24-30).

Para realizar esta misión con renovada ilusión y esperanza, cada uno, desde su vocación y desde los dones recibidos del Espíritu Santo, tiene que vivir la comunión con Dios, caminando junto a los hermanos, asumiendo la misión y fomentando la participación de todos los bautizados. En todo momento, hemos de tener en cuenta que el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio.

Ante las dificultades para el impulso de la sinodalidad, no podemos cruzarnos de brazos pensando que es una ocurrencia del papa Francisco. La sinodalidad, por ser una parte constitutiva del ser y de la misión de la Iglesia, reclama una profundización en el significado de sacramento del bautismo y una implicación de los bautizados en la misión de la Iglesia, pues el caminar juntos todos los hijos de Dios, además de ser una exigencia para la evangelización, también lo es para la vivencia de la comunión eclesial.

No quisiera concluir sin agradecer muy sinceramente a las comunidades contemplativas y también al resto de comunidades y de fieles que elevan preces al Señor por el Sínodo Diocesano, así como a todos los que participan activamente en los trabajos sinodales.

Con la esperanza en el Dios que nos salva, confiamos a la intercesión de la Santísima Virgen, Madre de Jesucristo y de la Iglesia, los frutos del sínodo universal y de nuestro sínodo diocesano, Así mismo, le presentamos la inquietud que late en nuestros corazones por mostrar un rostro más sinodal de la Iglesia. Que la celebración de la Asamblea sinodal sea un momento de gracia, en el que quienes participen en ella y todos los diocesanos experimentemos la acción fecunda del Espíritu Santo y asumamos la necesidad de su luz y fortaleza para aplicar las conclusiones del Sínodo en la vida cotidiana de nuestras comunidades parroquiales, movimientos apostólicos y otras realidades eclesiales.

En comunión de oraciones y con mi bendición.

Guadalajara, 15 de agosto de 2023
Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María,
patrona de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara.

✠ Atilano Rodríguez
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

SIGLAS UTILIZADAS

- CHL SAN JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica post-sinodal* Christifideles laici *sobre vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*, 30 de diciembre de 1988.
- EG FRANCISCO, *Exhortación Apostólica post-sinodal* Evangelii Gaudium *sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*, 24 de noviembre de 2013.
- FT FRANCISCO, *Carta encíclica* Fratelli Tutti *sobre la fraternidad y la amistad social*, 3 de octubre de 2020.
- LG CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática* Lumen Gentium *sobre la Iglesia*.
- NMI SAN JUAN PABLO II, *Carta Apostólica* Novo Milenio Ineunte *al concluir el Gran Jubileo del Año 2000*, 6 de enero de 2001.
- SC CONCILIO VATICANO II, *Constitución* Sacrosanctum Concilium *sobre la Sagrada Liturgia*.
- UR CONCILIO VATICANO II, *Decreto* Unitatis Redintegratio *sobre el ecumenismo*.